

MARIO MENDOZA

La melancolía de los feos



Capítulo 1

EL HOMBRE-MURCIÉLAGO HACE AMISTAD CON LOS INSECTOS

1.

Por aquel entonces acababa de cumplir los treinta y nueve años de edad y tenía la vaga impresión de estar llegando al límite de algo, como si me estuviera acercando peligrosamente a una línea divisoria de la cual dependía por completo mi vida. Muchas veces, en un parque o en una cafetería, me llegaba de pronto esa sensación de estar acercándome a una zona oscura y tenebrosa cuyas trampas yo desconocía, pero que debía atravesar para poder continuar hacia adelante y, quizás, construir algún día un futuro, si no feliz, al menos razonable.

Había estudiado Medicina en la Universidad Nacional y luego, con mucho esfuerzo y ahorrando dos pesos acá y trabajando por tres pesos allá, había logrado terminar mi especialización en Psiquiatría. Desde muy joven tuve claro que la rama más atrasada y desconocida de mi profesión era aquella que se dedicaba a investigar el funcionamiento de la mente. Por un tiempo dudé entre Neurología y Psiquiatría, hasta que al final, gracias a un apoyo del instituto donde trabajaba desde hacía tres años, decidí empezar los estudios de Psiquiatría en uno de los hospitales estatales.

La entrega a mis pacientes fue absoluta. Intentar descifrar los mecanismos internos que los atormentaban y desquiciaban se volvió, en muy poco tiempo, una obsesión. Descuidé otras instancias de mi vida privada en aras de buscar una perfección profesional. Por eso no me había casado ni había construido una familia todavía. Mis

pacientes eran mi única realidad. Después, al graduarme, esa radicalidad, en lugar de disminuir y brindarme la posibilidad de relacionarme con una mujer, lo que hizo fue aislarme aún más hasta el punto de asfixiarme y de empezar a hacerme daño de verdad. Sabía muy bien que el amor excesivo a una vocación puede llegar a destruir la vida completa de un sujeto, pero por más que me esforzaba por escapar de esa celda que yo mismo había construido para mí, no lograba ni siquiera asomarme a los barrotes de la ventana.

Y ahora, con treinta y nueve años y unas primeras canas insinuándose en mi cabeza, en el bigote y en la barba, allí estaba, atrapado en mi propia profesión, yendo y viniendo de mi casa al hospital psiquiátrico de lunes a sábado y sin tomar vacaciones ni siquiera en la temporada navideña. Los domingos me quedaba en casa leyendo y tomando notas acerca de los progresos o retrocesos de mis pacientes.

Poco a poco se fue haciendo evidente que un hombre así, enterado en un hospital oficial con un sueldo miserable y sumido hasta las narices en suicidas, depresivos y esquizofrénicos, no era muy atractivo que digamos para una mujer joven que soñaba con un futuro próspero y una familia triunfante. Me fui acostumbrando entonces a tener una que otra amante entre las enfermeras con las que trabajaba, mujeres gentiles y cariñosas que por un tiempo aceptaban ir los sábados en la noche hasta mi casa, pedir a domicilio dos platos de comida china, acostarse conmigo y luego llamar un taxi que las llevara a su casa a descansar del trajín semanal. Con el paso de los meses, se aburrían conmigo y de mis conversaciones repetitivas acerca de mis pacientes, hasta que finalmente conseguían a otro médico o se relacionaban con cualquiera que sí lograra sacarlas del marasmo conventual de la rutina hospitalaria.

Ese era yo. No había nada de qué enorgullecerse. Un tipo con una vida mediocre y sin una salida a la vista. Recuerdo que justo por esos meses uno de mis pacientes bipolares me dijo:

—¿Sabe una cosa, doc? Yo lo veo a usted con esa bata blanca, caminando por los pasillos o sentado en su oficina escribiendo infor-

mes sobre nosotros, y la verdad es que no lo envidio para nada. No, señor. Al menos lo mío es pasajero y después salgo a vivir otra vez intensamente, al límite, porque al fin y al cabo para descansar tengo toda la eternidad. Y a veces, en la mitad de una carretera, con mi cacharro a toda velocidad, o en la mitad de un buen polvo, con una mujer desnuda entre mis brazos, me acuerdo de usted y me digo: «Pobre hombre, debe seguir allá metido y no sabe de lo que se está perdiendo». ¿Sí capta lo que le quiero decir?

Claro que lo captaba. No era imbécil. Yo mismo no hacía sino repetirme día tras día la misma idea, pero no sabía por dónde empezar ni cómo escaparía de esa trampa tejida con tanta laboriosidad.

Tal vez valga la pena aclarar que yo no había sido así desde la infancia. De niño y de joven había sido un joven audaz, precoz en la lectura, buen deportista, y mi decencia y mi porte me auguraban una vida tranquila de profesional de clase media. Durante la carrera había hecho amistad con una compañera brillante, pero inestable emocionalmente: Inés Santamaría. Habíamos entablado una amistad divertida con algo de sexo ocasional y, poco a poco, sin darnos cuenta, nos enamoramos a fondo hasta volvernosen inseparables. El problema era que Inés tenía unos antecedentes por vía paterna terribles: depresivos y suicidas desde su abuelo, su padre y sus tíos, hasta sus primos más cercanos. Era como si un gen especial que los predisponía a la locura se hubiera esparcido por toda la familia, obligándolos a recluirse en instituciones psiquiátricas o a cortarse las venas cualquier tarde en medio de una crisis extrema.

Inés no escapó de ese destino macabro. Apenas cumplió los veintitrés años, empezó a sufrir de depresiones crónicas que la enterraban en casa de sus padres durante días enteros. Le costaba trabajo bañarse, arreglarse y salir a la calle. El mundo de afuera le parecía amenazante, difícil, como si la estuviera esperando una jauría de bestias para devorarla. De pasar tantos días sin lavarse la boca, sus dientes se llenaron de caries y perdió los dos colmillos y varias de las muelas traseras. Bajó de peso y dos ojeras muy marcadas le hirieron

el rostro de mala manera. Las drogas que tomaba (Prozac, Zolof) no le hacían efecto y en cambio le destrozaron el estómago. Recuerdo que una tarde, sentada en la cama de su cuarto, me dijo con una voz de ultratumba que era apenas un hilo:

—No sé qué sigues haciendo aquí, León. No entiendes que tu presencia, en lugar de reconfortarme, lo que me hace es más daño. Yo ya no tengo remedio. Me voy a morir y ya lo sé. Tú, en cambio, tienes toda la vida por delante. Así que te voy a pedir un favor: vete y no vuelvas más. Consíguete a otra novia y olvídate de mí. Hablo en serio. Si me quieres de verdad, no vuelvas más. Tu presencia es una tortura en este estado.

Como es apenas obvio, leí todo lo que estaba publicado sobre depresión, hablé con expertos, busqué salidas en tratamientos con los que hasta ahora se estaba experimentando, pero nada, el agujero negro que crecía y crecía en la mente de Inés se iba tragando su vida a pasos agigantados. Al final fue necesario recluirla en la clínica para inyectarle suero y vitaminas. Hasta que una noche el corazón no aguantó la debilidad y se detuvo súbitamente. Intentaron revivirla, pero no pudieron hacer nada. Después de una muerte cerebral era peligroso seguir intentando una recuperación: podía quedar parapléjica, amnésica de por vida o conectada a unas máquinas como un zombie. Era mejor dejarla partir.

Su madre, después del entierro, me citó en su casa y me entregó una carta que ella me había escrito en los últimos días. Le agradecí el gesto, me despedí de ellos y, cuando llegué a mi casa, la abrí con una urgente ansiedad que me quitaba el aliento. Eran unos pocos renglones escritos con una caligrafía temblorosa, como si sostener el esfero hubiera sido un esfuerzo muy grande para ella. Decía así:

Querido León:

No lamentos lo que ha sucedido. En este último tiempo, mi vida ha sido literalmente un infierno. Cada noche soñaba con no despertarme a la mañana siguiente. Tanto era el sufrimiento. Tú no alcanzas a imaginar lo

que es una depresión clínica. Intentas salir de este estado, pero no puedes porque no tienes un «yo» donde apoyarte. La voluntad no puedes ejercitarla porque el centro de tu identidad está desmoronado, agujereado. Así que lo mejor es morirte y no sufrir más. No lamentes nada, por favor. Esta enfermedad estaba en mi herencia, en mi código genético, y eso significa que durante generaciones mis ancestros fueron destruidos por ella. Más bien dedícate a rehacer tu vida, enamórate de nuevo, termina la carrera y procura ser muy feliz. Te lo mereces. Has sido un compañero maravilloso y solo quería darte las gracias por tu lealtad y por tus infinitos gestos de cariño. Gracias, León, de verdad gracias por quererme tanto.

Te amaré siempre,

Inés.

Esa carta la cargué durante años en mi morral universitario y aún después, cuando ingresé a la especialización en psiquiatría. Me la sabía de memoria, pero necesitaba ver de nuevo esos trazos inseguros, dubitativos, y entonces la sacaba en la cafetería del hospital o en las horas de la noche antes de irme a dormir y pasaba mis dedos por esa página escrita con tanto cariño hacia mí. Imaginaba el esfuerzo tremendo que había tenido que hacer Inés para concentrarse y poder escribir unas líneas legibles. Era estremecedor imaginarla recostada en la cama de la clínica, con el esfero a punto de caerse de su mano una y otra vez, intentando dejar un último mensaje de gratitud y reconocimiento para la persona con la que había compartido su intimidad y sus afectos más sinceros.

Desde ese momento en adelante, mi vida se concentró por completo en mi profesión. Mi único objetivo era adentrarme cuanto antes en los enigmas psiquiátricos y dar con las claves de esas enfermedades entre las cuales estaba la que había aniquilado al único amor de mi vida. Como sucede con tantas personas que transfieren una situación a otra, yo también quise ayudar a Inés ayudando a mis pacientes. Lo cual, por supuesto, era un error de perspectiva tre-

mendo. Transferir siempre es el origen de un sufrimiento que es fácil de evitar: solo basta con hacer consciente ese error de apreciación. Si hemos tenido un padre alcohólico, por ejemplo, lo más seguro es que después, en nuestras parejas, busquemos personas que necesitan ayuda y que estén pasando por alguna dificultad. Y entonces transferimos la situación: como no pudimos ayudar a nuestro padre a salir de su alcoholismo repetitivo, buscamos ayudar ahora a nuestra pareja, como si al salvarla estuviéramos salvando también al fantasma que está detrás. Error gravísimo. Lo más seguro es que no salvemos a nadie y que lo único que logremos sea nuestra propia destrucción.

Así, exactamente, me sucedió a mí: creí que ayudando a mis pacientes depresivos o esquizofrénicos estaba ayudando a Inés, salvándola, rescatándola de la muerte, cuando lo que en realidad estaba sucediendo era que mi vida se me estaba yendo por un agujero insondable: el agujero de la culpa y de un duelo mal elaborado. Y cuando empecé a tomar conciencia de la situación, ya estaba atrapado en una vida rutinaria y poco feliz, cercano a los cuarenta años y sin saber cómo recomponer las fichas de un juego en el que estaban a punto de darme un jaque mate.

Esa era mi vida cuando, de repente, una tarde la secretaria del pabellón de Cuidados Intensivos me entregó un sobre abultado.

—¿Qué es esto? —pregunté con cierto fastidio.

—No tengo ni idea, doctor. Lo dejaron aquí esta mañana, pero nadie sabe muy bien quién lo hizo. Ahí está su nombre escrito.

—¿Habrá sido algún paciente?

—Lo que le diga es mentira. Lo mejor es que lo abra, así saldrá de dudas.

Entré a mi oficina, me recosté en un sillón mientras afuera caía la tarde apaciblemente. No había remitente y solo estaba mi nombre completo (León Soler), escrito con una letra de trazo indeterminado e irregular. Abajo estaban las iniciales E.S.M. (en sus manos). Para cerrar, en el centro del sobre había un dibujo de una especie de roedor que sostenía un letrero que decía: Melancolía. No sabía si se trataba de un

error en el que habían escrito una e por una a. Escribí la palabra en Google rápidamente. Era la palabra que había utilizado el artista alemán Dürero en uno de sus más famosos grabados: La Melancolía.

No había nada más. Rasgué el sobre con cierto cuidado. Saqué unas veinte hojas escritas por ambos lados con una letra diminuta, la misma que había dibujado mi nombre en el sobre. Y desde el primer párrafo quedé atrapado por completo en esa narración delirante que vendría a recordarme un pasado que yo creía ya extinto. La transcribo sin cambiarle ni siquiera una coma.



2.

Estimado León:

Me imagino la cara que estarás poniendo justo en este momento, cuando intentas descifrar quién se tomó el atrevimiento de ingresar a tu vida así, sin avisarte, de manera imprevista y un tanto grosera. Pues sí, viejo, qué le vamos a hacer. Quizás la mejor manera de apelar a un antiguo amigo sea así, intempestivamente, sin preámbulos de ninguna clase. Al fin y al cabo, por algo fuimos amigos y en el fondo de mí creo que, aunque dejamos de vernos, nunca terminamos esa amistad que tanto significó para mí. Sigo viéndote con el mismo afecto de siempre, como si el tiempo hubiera sido solo una falacia, un truco de mal gusto, y tú y yo todavía estuviéramos frente a frente, con nuestras Coca-Colas y nuestros panes en las manos. En fin, dejemos tanta justificación y vamos al meollo de esta carta, que debo confesarte de entrada que no sé muy bien cuál es. Supongo que en la medida en que vaya avanzando irá apareciendo cuál es la verdadera razón por la cual decidí escribirte. Pertenezco a ese tipo de personas que solo clarifican sus ideas cuando las ponen por escrito. Porque hay un acontecimiento maravilloso en el paso del lenguaje oral al lenguaje escrito: lo inconsciente se hace consciente, y entonces entendemos el porqué y el cómo de lo que nos ha sucedido.

El primer recuerdo que llega a mi cabeza es en el parquecito de la calle 42 con la carrera Octava. Yo vivía justo al frente, en la casa de la esquina, y nos decían La familia Addams por la extrañeza de sus miembros: mi abuela, siempre maldiciendo y apoyándose en un caminador; mi tío Humberto, solterón y solitario empedernido que se la pasaba todo el tiempo armando y desarmando el motor de un Renault 6 anaranjado; mi mamá, una señora señora gorda y esquizofrénica que caminaba por el caserón siempre en pijama, con sus ojos enormes inyectados en sangre e insultando desde las ventanas del segundo piso, durante sus impredecibles ataques, a los transeúntes que la miraban al pasar sin comprender muy bien su lista de improprios; y yo, el monstruo, el enano contrahecho y jorobado que intentaba llevar una infancia en medio de semejante ambiente malsano y anormal.

Según parece, durante el embarazo, mi madre había seguido tomando ciertos medicamentos psiquiátricos que intentaban neutralizar sus fases esquizofrénicas, y ningún médico le advirtió que esas drogas podían producir malformaciones en el feto. En consecuencia, mi columna vertebral generó una curvatura indeseable, mis piernas se atrofiaron y no se desarrollaron a tope, y mis brazos se quedaron también a media marcha, como si se tratara de los brazos de un pigmeo. Mis retinas a su vez sufrieron cierto deterioro y por eso, desde los tres años, tuve que andar con unos lentes gruesos que me agrandaban los ojos, empeorando aún más mi aspecto deforme y enfermizo. Supongo que a estas alturas del relato ya me habrás recordado y sabrás quién te está escribiendo. Uno no conoce a mucha gente con esta descripción a lo largo de su vida.

Como es apenas obvio, ni mi abuela ni mi tío, que eran los que tomaban las decisiones en la casa, me enviaron al colegio. Nunca supe lo que era estar con otros niños estudiando ni jugando. Tampoco averiguaron la posibilidad de matricularme en

alguna institución para deformes o incapacitados. No, sencillamente me enseñaron a leer y a escribir en casa, me compraron media docena de cuentos infantiles y pare de contar, me dejaron así, como si fuera una mascota cuya función era andar por los pisos de esa casa gigantesca sin propósito alguno. Por fortuna, mi abuela, que era la dueña de la casa, arrendaba habitaciones para estudiantes universitarios en el segundo piso y en el tercero, y esos jóvenes (sobre todo las muchachas) tarde o temprano se tropezaban conmigo por ahí, en las escaleras o a la entrada de la casa, me hacían dos o tres preguntas y después me invitaban a sus cuartos para mostrarme ilustraciones de libros y enseñarme matemáticas o historia. Gracias a ellos, mi educación no careció de la información fundamental e incluso mejoró, pues sabía datos y fechas y sucesos históricos que los demás niños de mi edad ignoraban por completo. Además, quizás para compensar ese cuerpo maltrecho y grotesco que me había tocado en suerte, mi cerebro vivía siempre atento, ávido, y aprender se me facilitaba sobremanera, como si desde un comienzo supiera que mi inteligencia iba a ser la única arma de supervivencia en medio de un mundo cruel y amenazante.

Muchas veces leí hasta la madrugada libros que los estudiantes me prestaban y después mi mayor placer era discutirlos con ellos, comentarlos y releer apartes que me habían cautivado. Llegué incluso a contarles de qué trataba tal o cual novela que ellos no habían tenido tiempo de leer, y gracias a mí podían terminar sus trabajos a tiempo para la universidad. Sin embargo, esa inteligencia despierta también fue mi tortura, pues muy rápido comprendí que yo no era como los demás, que no iba al colegio porque mi abuela y mi tío querían impedir que se burlaran de mí, que me pegaran y que terminara convertido en el hazmerreír de todo un grupo de pequeños salvajes. Procesé también esas miradas de la gente cuando pasaba frente a la casa y descubría a un niño jorobado y de-

forme jugando en las escalinatas de un caserón antiguo. Eran miradas de curiosidad y de piedad al mismo tiempo, como si al principio estuvieran mirando un animal raro, fuera de serie, y unos segundos después su educación cristiana les recordara que yo también era una persona y en consecuencia se activara dentro de ellos la compasión y la misericordia. Yo odiaba esas miradas y despertaban dentro de mí un resentimiento que con los años se fue convirtiendo en una altivez que me obligaba a dirigirme a ellos en términos contundentes:

—¿Le parezco muy raro? —les preguntaba entonces mirándolos de frente, y enseguida añadía—: tal vez debería guardar esa compasión para usted mismo. Estoy seguro de que la va a necesitar.

Por lo general, esas personas se quedaban sorprendidas, sin saber qué contestar, y seguían su camino sin mirar hacia atrás, donde estaba yo parado con los ojos clavados en su espalda.

Es importante aclararte en este punto que cuando eres un niño jorobado y contrahecho no lees de la misma manera que leen los niños sanos. De hecho, lees exactamente al revés. La mayoría de los relatos infantiles están diseñados para que nos identifiquemos con el príncipe o la princesa, que deben superar ciertas pruebas y vencerse a sí mismos para lograr al final quedarse el uno junto al otro. A mí esos personajes siempre me importaron un cuerno, me parecían ridículos, cursis, idiotas, brutos, incompetentes, consentidos, amanerados. Me identifiqué, en cambio, con los sapos, los brujos, los generales malvados del reino, los enanos, el lobo feroz, los monstruos que vivían en cavernas y en sótanos malolientes, en fin, toda esa caterva de seres oscuros y feroces que intentaban sobrevivir en un mundo de hipócritas socarrones que siempre se las ingeniaban para triunfar con sus caras hermosas y angelicales. Recuerdo bien que para mí todos los cuentos terminaban mal: el triunfo de Caperucita o de Blancanieves me deprimía días

enteros. ¿Por qué los autores no se apiadaban jamás de la bruja ni del lobo feroz? ¿No se daban cuenta de que para un individuo pobre y feo, vivir en un mundo de millonarios bien vestidos con la nariz recta, los ojos azules y el cabello rubio era no solo difícil, sino casi imposible? ¿Y qué hacía uno cuando tenía el cabello crespo, la piel oscura, los ojos negros y la nariz larga y torcida? ¿Y cuando era pobre, cuando no pertenecía a la familia real ni su padre era un aristócrata? Te podrás imaginar, entonces, la forma delirante y obsesiva de mis lecturas. Ahora que lo pienso, se trataba de un modo de leer eminentemente político: ¿Cuándo iban a triunfar los desposeídos del mundo, los feos, el pueblo que vivía lejos del castillo?

Los ataques de mi mamá eran cada vez peores. En los primeros años de mi infancia ella caminaba por los tres pisos de la casa conversando siempre con unos seres que la acompañaban a todas partes. Distinguí tres fantasmas dentro de su cerebro: un sacerdote, un hombre que estaba enamorado de ella y una mujer que había sido su amiga y que ahora quería destruirla y hacerle daño. Con la mujer peleaba permanentemente y le gritaba insultos de toda clase; con el hombre coqueteaba, se escribía cartas de amor y hacía planes para escapar con él a otro país y ser muy feliz a su lado; y con el cura se confesaba de todos sus pecados y sus bajas pasiones, se arrepentía y pedía perdón. Cuando la veían así, hablando sola por las escaleras o sirviéndose un plato de comida en la cocina, los inquilinos la esquivaban, subían a sus habitaciones y solo volvían a bajar cuando ella ya había desaparecido.

Mi madre nunca se vestía con ropa normal, iba siempre con un camisón que le daba un aire aún más fantasmagórico, como si acabara de salir de una película de terror. Se bañaba una vez a la semana y su cuerpo despedía un olor agri dulce que obligaba a la abuela y a la empleada del servicio a desinfectar su habitación cada domingo. Era una mujer grande y gorda,